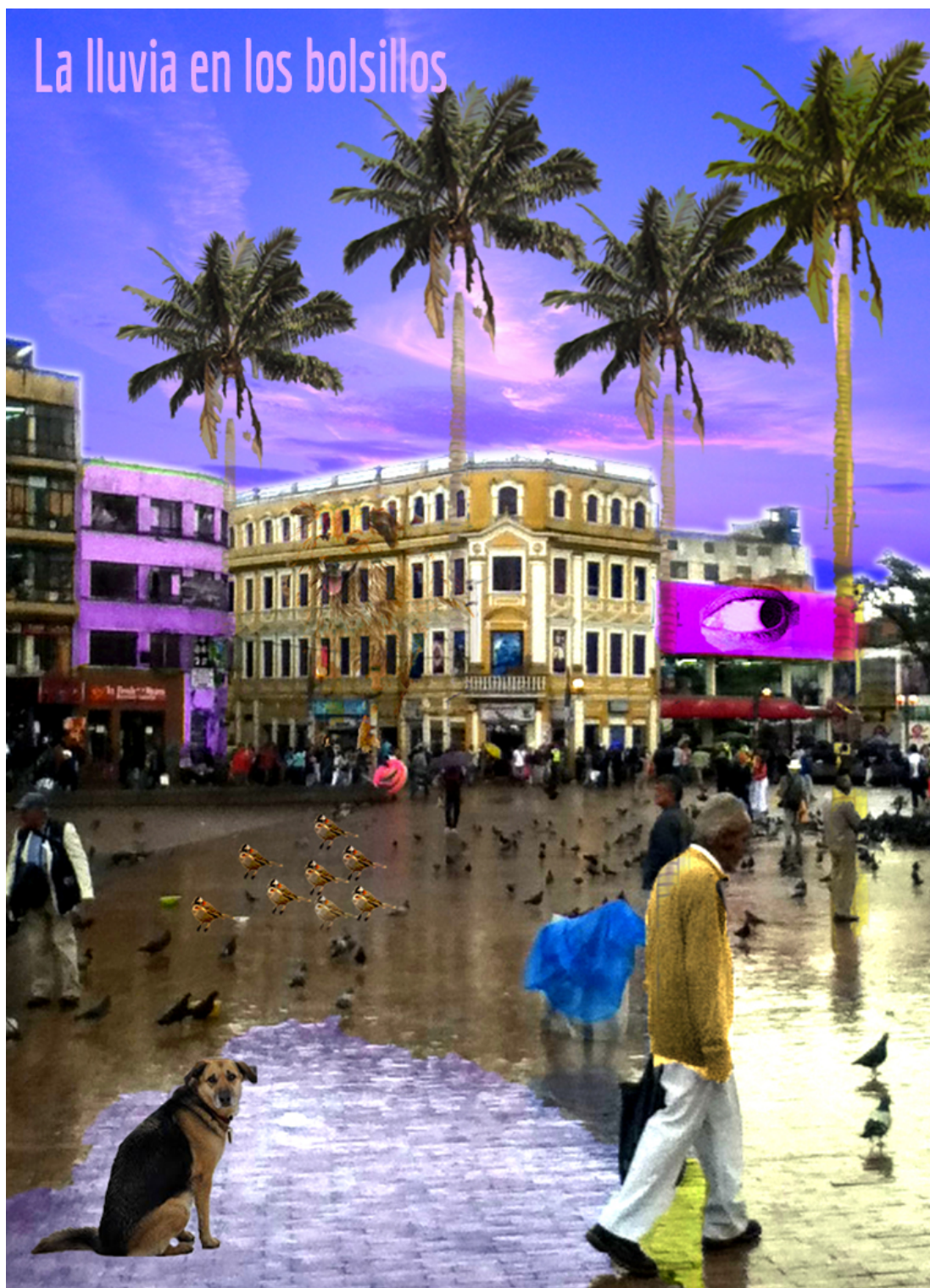


# La lluvia en los bolsillos

JSMartín FLOR



## Capítulo 1

la lluvia en los bolsillos

Disposofobia de luces y gotas sintéticas. De la cresta del cielo suburbano penden las partículas de la ciudad que resbalan por las hojas de las crasuláceas en los pasajes clausurados. Lo que está a punto de perderse más allá de los resquicios de la geografía de lo irremediable lucha por evaporarse y convertirse en arena. Los arrayanes dispuestos en línea, rodeados por una vegetación de espinas, contagian de euforia silenciosa mis palabras. Bajo la raquítica Plaza Mayor mis deseos rotos encuentran un oculto yacimiento de estómagos y gónadas. En la esquina infestada de sobrevivientes la amniótica penumbra revela pisotones en las paredes meadas y pellejos de loros y canarios arañan las aceras con pedales de bicicleta. Los desagües desembuchan los sobrantes de la lluvia sobre la cabeza de los viandantes. El resplandor tornasolado de mis palabras me salpica con cascadas de claridad y me cubre con una espesa capa de invisibilidad. Fiel a la nitidez del pétalo presumo de patriotismo y de melancolía. Al fondo de un anticuado terraplén, desapercibida en un bienestar de brillos opalinos y tiritas de papel, la minoría invisible pasta su eterna resaca bajo los gaques y los cucharos. Persigo sus grandes ojeras de zapatos rotos en obsoletas cabinas telefónicas, en la exageración de un festín de estrellas tardías que transforma el alumbrado público en un bulto de copos de nieve, verrugas y caracoles en las tapias. Recorro con burbujeante refulgencia habitaciones hechas trapos y caigo en lunares secretos donde el sopor seca las lágrimas y marchita el desapego. Bajo una alfombra de resbalones visito baños y desagües mal aireados. El hipo de las cañerías regurgita chasquidos y ronquidos destemplados. Girasoles y espuma se llevan mi dicha por las tuberías. Mi avidez incesante me insita a bailar encima de mi biblioteca con la brisa alcalina que escupe el ventilador, me impulsa jugar con la onda expansiva de mi embriaguez áurea que me desplaza hasta un hermetismo de jaulas abiertas. En la irrefrenable policromía del cielo, en los techos lejanamente arrebujaos, paso las horas atrapada en una fumarada fluorescente. Atada a portales clausurados se diluye mi deserción en la cacofonía de los pasillos. Mi corazón sin sitio silba como un leño chamuscado. Sin ataduras y sin antídotos me ahogo en

un manantial de excepciones volátiles y ardores soporíferos. En tenue remojó los gorriones electrocutados destilan su veneno de felicidad pasajera. Centelleo demasiado despacio entre los cipreses que exageran la intemperie. Acompañada de desconocidos y de posturas remotamente familiares tirito de la comisura de los labios para adentro. Bajo una red de confeti dorado los fantasmas del sustrato de la otra orilla descubren mis costuras mal remendadas. Soy la que cae en la trampa al probar otras ansiedades. De una acera a la otra la limosna en incierto devaneo de harapos y bufidos, revela su excepción volátil con un ojo tuerto. ¿Alguien me esperará en la otra orilla?

Soy la amante voraz de lugares obvios que camina por el paredón de la euforia tachando las paredes con griterías salpicadas de cerveza. Sin hacer ruido, escondo mi cuerpo en la reverberación de un charco que me lleva de la mano por otras corrientes, a nadar por el curso de otros torrentes. ¿Con quién brindar cuando la noche se cae a trastos y aún quedan ganas de seguir a rastras hasta rozar el fondo de lo inadmisible? Más despacio de lo que cualquiera puede ver choco contra la caligrafía de la polvareda. Deambulo el poco dinero que tengo. Las libélulas y los cigarrillos golpean los rostros que desaparecen bajo sombreros y abrigos demasiado borrosos. En movimientos imaginarios, en sinuosidades corporales, me alejo del furor dorado del viento que quiere esponjarme como palomita de maíz en la bruma excelsa. En la lluvia de los bolsillos rotos, en las costuras del entramado peatonal, en el solipsismo de las aceras verdes vibro clandestinamente, soy capaz de despegar a la paloma de espuma de la fogata de neumáticos. Circula mi retrato pegado en los postes o en las puertas de vidrio de las oficinas de correos. La luna brilla ahíta de lucecitas, tímidos suspiros y lejanos aplausos. Unas palomas pican con presteza unas migajas de pan empantanado antes de huir golpeando el aire. Evito acercarme al tizne de los cuartos repetidos para no tener que encontrarme con esas personas que había utilizado para encubrirme durante años. Encuentro la letra exacta para derretirme, la palabra emoliente para nutrir de incandescencia a las flores. Bogotá, con su inframundo de vagabundos, efebos menesterosos y comadronas que toman el sol, es un inodoro magenta con poderes sobrenaturales. Las colillas, los pegotes de comida, las marcas de puntapiés, los tachones en los andenes. Distraídos detalles encuentran la manera de desacomodarme. En iluminaciones interiores y

en la inexactitud del periplo lunar he perdido todos mis libros. Sudo copiosamente pedacitos de nada y grumos. El estómago vacío desdobra gruñidos espantosos. Mi luz interior me ayuda a descubrir fisuras antes imperceptibles en mi cuerpo.

